

ahora y que corresponde á dar á conocer al ilustre soldado en toda la realidad histórica en que apareció.

Y debo decir, que el haber ejecutado el presente trabajo, débolo al actual Jefe del Estado, que, amante de las glorias de Nuevo-León, me impulsó á emprenderlo. Y nacida mi obra á su iniciativa, natural deber de gratitud es tener el honor de dedicársela, como lo hice con los Rasgos Biográficos.

Necesitamos transmitir á la posteridad, antes de que se hundan en el olvido, ó sean contradichos por la duda, los hechos de nuestros grandes hombres. El Gral. Zúazúa es uno de ellos, y harta satisfacción será para mí el lograr que en mi trabajo aparezca, si nó con toda la brillantez en que lo hicieron destacarse sus acciones, al ménos con toda la verdad histórica.

H. DAVILA.

Biografía del Sr. General

## Juan Zúazúa.

---

La soberanía pertenece al pueblo,  
y el pueblo, que conoce su soberanía,  
es invecible.

GENERAL J. ZUAZUA.

### I

DON MARTIN DE ZAVALA.—LIC. FRANCISCO BARBADILLO Y VICTORIA.—DR. FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.—DR. JOSÉ ELEUTERIO GONZALEZ.—GENERAL JUAN ZÚAZÚA.

Obsérvase en la historia un fenómeno, que ha dado origen á la teoría del hombre necesario, sostenida por algunos pensadores con razones un tanto especiosas. Tal fenómeno consiste en que aparecen figuras prominentes, que son como la encarnación de una época, mas ó menos larga, y la cual se desarrolla al calor de una idea madre. Los hombres, si bien se considera, no son mas que los instrumentos, mediante los cuales el

sentimiento ó la idea se realizan á travez del tiempo y del espacio. Quienes sobresalen de entre ellos vienen á ser tan sólo las manifestaciones de una condición social, una modulación que la caracteriza; pero nó la personificación de ella misma.

La historia local de Nuevo-León no ha debido sustraerse de aquella ley sociológica. Ella nos presenta en el segundo tercio del Siglo XVII al legendario gobernador General D. Martín de Zavala, intrépido, audaz, temerario, representante genuino de la conquista, llevando la punta de su espada hasta los mas recónditos aduares de los indígenas guerreros, y repeliéndolos hácia las entonces desconocidas regiones del Norte. Desde aquellos días, de interior, se hizo exterior la guerra para con las tribus de naturales no reducidas, ó rebeldes.

Después, á principios del Siglo XVIII, aparece la bella y magestuosa personalidad del Lic. D. Francisco Barbadillo y Victoria, planteando una política de lenidad, de transacción, entre el vencedor y el vencido, entre el conquistador y el conquistado, con el alto propósito de hacer de cada indígena un propietario, un elemento social en toda la extensión de la palabra. El sembró los gérmenes de la evolución en que, debido á la fusión de razas competidoras, debería supeditar la que llevase en su sangre mas vigor y en su espíritu los ideales mas en armonía con la naturaleza humana.

Al espirar el siglo XVIII. y en los comienzos del presente, surge el nuevo-leonés Fray Servando Teresa de Mier, irradiando en la historia general de México y de toda la América latina, mas bien que en la estrecha y reducida de una Provincia. Otras y otras personalidades siguieron en las letras á la del egregio Dr. Mier, debiendo citarse, como la mas encumbrada en nuestros dias, la del insigne médico filántropo y Mentor de la juventud, Dn. José Eleuterio González.

En otro orden de ideas, en otro terreno, en las armas, Nuevo León ha tenido también hombres preclaros y sobresalientes. Las luchas constantes contra los salvajes; la invasión Norte-Americana; la guerra contra la Dictadura; la de Tres años, ó de Reforma, y la de la Invasión francesa; fueron otros tantos teatros en que aparecieron soldados, tan valerosos, como leales, y caudillos tan intrépidos, como firmes en sus convicciones. Viven aún varios de esos caudillos, cuyas vidas se hallan reseñadas, con mas ó ménos extensión, en la obra monumental de *Hombres eminentes de México*, mostrando ellas el valioso contingente con que nuestro Estado ha concurrido en la evolución tan profunda, que se ha operado en el país durante las cuatro últimas décadas.

Pero entre esos jefes nuevo-leoneses hubo uno, cuya vida fué en alto modo importante, y cuyas cenizas, que reposan desde hace poco más de seis lustros, no han sido re-

movidas por el aliento de la alabanza, mejor dicho, por el bienhechor halago de la justicia. Cayó..... ! mas nó como víctima; sino en tributo á sus convicciones en medio de civil contienda. Hoy no somos, ser no debemos los apasionados de ayer; somos, debemos ser los jueces del pasado, que, al emitir un fallo, poniendo la mano sobre el corazón, descúbrense respetuosos ante la posteridad. El tiempo en su veloz é imperturbable carrera derrama el hálito con que se moderan los errados arranques de la ceguedad política, y da el ajustado criterio de la historia para juzgar con serenidad á los hombres.

Por los conocedores de nuestras cosas locales bien se comprenderá, que nos referimos al General Juan Zúazúa. Y nos hemos fijado en él para presentarlo como el ilustre entre nuestros ilustres soldados, porque en él realmente se personifican triunfos de Nuevo-León, así en las luchas contra el salvaje, ó sea, contra la barbárie; como en las luchas de la civilización, contra el retroceso, irradiando en su personalidad algo del *quid divinum*, del genio, que sabe crear y combinar los elementos generadores del triunfo.

Y bien merece, en verdad, tan bravo hijo de la Frontera, el lugar que le asignamos en la galería de nuestros pro-hombres, decimos mal, es acreedor, no sólo á que su retrato haya sido colocado en nuestros días en el salón de honor de nuestro Palacio de Gobier-

no, donde se destacan varios de los de nuestros hombres eminentes, sino que su estátua sea una de las que representen á Nuevo León en la Calzada de Hombres ilustres en la capital, donde será el símbolo de nuestras glorias militares, en la sangrienta guerra en que se alcanzó el triunfo de nuestras libertades civiles y políticas.



**II**

GUERRA CONTRA LOS SALVAJES.—JUVENTUD DEL  
GRAL. ZÚAZÚA.—SUS PRIMEROS COMBATES.

**1847.**

Período de gestación laboriosa debe conceptuarse para Nuevo León, el transcurrido desde que se proclamó la independencia nacional, lo cual se verificó en esta Ciudad el 4 de Julio de 1821, hasta el fallecimiento del Gobernador D. José María Parás, que acaeció treinta años después, habiendo sido el primer gobernante nombrado á continuación de la Invasión americana, y uno de los últimos, según el Dr. José Eleuterio González, de los que rigieron patriarcalmente al Estado.

En todo aquel período, la guerra contra los bárbaros fué incesante. No se registra casi nada otra cosa en el "Periódico Oficial" de aquellos días, que partes de las autoridades de los pueblos del Norte, sobre invasiones mas ó menos sangrientas de Lipanes, Seminoles y Comanches. Y lo que es más, no era raro que fuesen alentados en sus devastadoras correrías por americanos interesados en los grandes robos de ganados, que iban á ser vendidos á precio ruin, allende el Bravo. Esa es la historia, y al consignar tal hecho, no hacemos mas que reproducirlo. En historia no se inventa. ¡Y cuántas de aquellas asoladoras correrías alcanzaron á los Estados de Zacatecas y San Luis Potosí, llegando hasta las Villas del Sur de Nuevo-León, en donde desaparecieron varias fincas rústicas, siendo víctimas muchísimas familias! Invasiones hubo que pusieron en movimiento á todos los hijos de nuestro Estado y los de Coahuila.

En el Norte, aquellas invasiones, tan rápidas como destructoras, eran casi diarias. Los moradores de los pueblos de aquel rumbo, aun para venir á la capital, necesitaban reunirse en carabanas, para poder caminar con la seguridad, si nó de la vida, al menos de la defensa. Semejante modo de sér, heredado desde los tiempos coloniales, y exigido por la convicción de que la lucha contra el salvaje era cuestión de vida ó de muerte, sin el menor rasgo de conmiseración, sin la

menor esperanza de humanidad por parte de enemigo tan audaz como cruel, y tan astuto como implacable; hacía, de nuestros hermanos del Norte, hombres de guerra avezados al peligro desde la juventud, sufridos en las intemperies é impasibles en los sufrimientos.

Esas constantes luchas templaban el carácter de los fronterizos. En efecto: la audacia del indio los hacía temerarios; lo arde de aquel, precavidos; lo infatigable del eterno enemigo, tenaces y la ferocidad del команche, valientes en grado heróico. No podía ser cobarde quien se batía con el salvaje, tan ágil en pelear pié á tierra, como á caballo, sobre cuyo lomo, atronando el espacio con terrífico alarido, deslizábase en veloz carrera, cual si fuese una ala del no domado bruto. Sobrepujar al indio en sufrir hambres y sedes; vencerlo en las fatigas y dominarlo en las luchas: hé allí los elementos que formaban el amor propio de los fronterizos en aquellas diarias y mortíferas refriegas. Hacíanse en ellas, por decirlo así, hombres de hierro, inconmovibles en las dificultades y en los peligros.

En tan difíciles luchas comenzó á darse á conocer el joven Juan Zuázua, de la Villa de Lampazos, sexto hijo de Dn. Juan Zúazúa, español, y Doña Luisa Esparza, mexicana. Vino á la vida el 6 de Enero de 1820. En sus primeros años, habiendo quedado huérfano en la infancia, estuvo en la escuela mu-

nicipal. Después pasó al Hospicio de Villaldama, y, por último, al Seminario Conciliar de Monterrey, único plantel de educación secundaria por aquel tiempo en toda la Frontera del Norte de la República,

Aunque de talento claro el joven Zúazúa, su carácter independiente lo llevaba á género de vida distinto del reposado y tranquilo que impone el estudio. Abandonó la carrera de las letras, y se volvió á su pueblo natal, en donde se dedicó al comercio y la agricultura. No descuidaba, por eso, el cultivo de su espíritu; sino, por el contrario, se dedicaba á la lectura, principalmente de la historia y de obras militares.

Parece, ocasiones, que el hombre en su desarrollo, es como la planta, que no absorbe del medio-ambiente en que vive, sino aquello que sirve para su medro, para su crecimiento y para sostenerla en las luchas por la existencia. El Sr. Zúazúa en el aislamiento, relativamente reducido de su pueblo, inconscientemente, por inclinación irresistible, atesoraba conocimientos, que mas tarde deberían darle madurez, levantado corazón, haciéndolo aparecer con sus aptitudes naturales hombre superior en todas las circunstancias batallosas, que es donde se dan á conocer los grandes caracteres.

Y bien que la teoría, que preparaba la formación de aquel joven, fuesen sus lecturas; empero, su escuela práctica, fué la guerra contra los salvajes, en la que siempre figuró como

el caudillo de sus convecinos. Podríase decir que había nacido Jefe; porque la perspicacia y esplendidéz de su espíritu; lo enérgico de su voluntad; la celeridad y lo acertado de sus determinaciones; la actividad en el obrar y sus nunca desmentidos valor y patriotismo, lo llevaban á ser el primero siempre. Allí aprendió lecciones de sagacidad; comprendió la ventaja de una acertada exploración; la del combate con tiradores; la de obrar activamente en guerrillas y el doble uso de hacer maniobrar al soldado de caballería, según las exigencias del momento, pié á tierra ó montado. Esta táctica despertó sus aptitudes militares, lo hizo Jefe y le preparó importantes triunfos en días posteriores, cuando sus rifles debían de caer como huracán sobre las disciplinadas legiones del Dictador ó las reaccionarias en la guerra de Reforma.

Hallábase en Lampazos cuando apareció la Invasión americana en 1846. Al punto, acompañado de su hermano mayor D. Carlos, se vino á Monterrey á presentarse al General Mariano Arista, para que utilizase sus servicios. Fueron ambos nombrados Alféreces. Desde luego Zúazúa comenzó á distinguirse, habiendo ascendido á Capitán, con cuyo empleo concurrió á las acciones de Palo Alto y la Resaca. Destituido del mando Arista, Zúazúa lo acompañó hasta San Luis, volviendo después á Monterrey á reunirse con el General Ampudia. Tomó entonces parte en la heroica defensa de esta plaza, la cual, como

es bien sabido, por impericia fué entregada á los norte-americanos, precisamente cuando el Jefe de éstos, Taylor, estaba para levantar el sitio y emprender la retirada. Faltó serenidad en el General Ampudia, no obstante que su fuerza había rechazado bizarramente los ataques del enemigo.

Perdida Monterrey, y organizando el Capitán Zúazúa con sus propios elementos una guerrilla, marchó al Estado de Tamaulipas, donde se reunió con los hermanos Alderete con objeto de hostilizar á los americanos, como lo hicieron en varios encuentros.

Por aquellos días había sido destacado el valiente General Urrea con una columna de 500 á 600 caballos, de los Regimientos Fieles de Guanajuato y Libres de Jalisco, para caer sobre la retaguardia del enemigo que marchaba sobre el Saltillo. El reunió las guerrillas de Tamaulipas y Nuevo León y asaltó á un fuerte convoy, valioso de dos millones de pesos, que venía para Monterrey, principiando el combate á inmediaciones de la Hacienda de Ramos, hoy Villa de Dr. González, y concluyendo en la de Marín. El convoy fué tomado, y el General Urrea lo entregó al Coronel Miguel M. Miramón (padre del célebre General de ese apellido) quien lo custodió hasta Tula. Allí figuró como Alférez el joven Mariano Escobedo, quien, días antes, había concurrido á las órdenes del Capitán Francisco Martínez Salazar, al encuentro en el Cañón de Santa Rosa, entre Linares

y Galeana, en que había sido derrotada una partida de americanos.

Asistió después Zúazúa á la batalla de la Angostura y siguió prestando sus servicios hasta la conclusión de aquella desastrosa guerra con los tratados de Guadalupe. Entonces se retiró á su pueblo, descepcionado de los hombres que regían los destinos de la patria, tan débiles en los campos del combate, como al consentir en la pérdida de la mitad de nuestro territorio.



### III

INSURRECCIÓN DE LA FRONTERA.—TOMA DE MONTERREY.—UNIÓN CON FUERZAS DE TAMAULIPAS.—TOMA DEL SALTILLO.—MARCHA AL INTERIOR.—COMBATE EN MORTERILLOS.—OCUPACIÓN DE SAN LUIS POTOSÍ.

1855.

Para un hombre nuevo y animoso, resuelto y lleno de vigor, como lo era el Capitán Juan Zúazúa, cuando acaeció el desastroso desenlace de la guerra norte-americana; natural es pensar que la buena fe y la decidida voluntad, con que en alas del patriotismo había volado á los campos de batalla, recibiendo así el bau-